

CALZADO DE BLANCO

Edgar Wallace

CALZADO DE BLANCO

Edgar Wallace



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Jack Trevor no era celoso. Se dijo esto a sí mismo una docena de veces; se lo dijo a Marjorie Banning sólo una vez.

-¡Celoso! -flameó ella, y añadió, ganando control de su ira-: No acabo de comprenderte. ¿Qué entiendes tú por celoso?

Jack se sintió, y pareció, incómodo.

-La palabra «celoso», desde luego, suena tonta en este caso -trompicó-. Lo que quiero decir es «suspicaz».

Volvió a aturullarse.

Estaban sentados en el Parque, bajo un olmo aparrado, y, aunque no se encontraban lejos de la enloquecedora multitud, la misma locura de ésta la ahuyentaba lo suficiente como para dejarla minimizada a una cantidad perdonable. Había a la vista exactamente tres parejas de enamorados, una niñera con un cochecito, un policía y unos cuantos niños jugando.

-Lo que quiero decir es... -dijo Jack desesperadamente-. Me fío de ti, cariño, y... bueno, no quiero conocer tus secretos, pero...

-¿Pero...? -repitió ella fríamente.

-Bueno, meramente señalo el hecho de que te he visto tres veces pasar en un coche despampanante...

-Un coche de una cliente -dijo ella con calma.

-Pero, seguramente, el acicalar el cabello de la gente no requiere el mediodía y la tarde completos -insistió él-. La verdad es que lamento profundamente darte la lata, pero el hecho es que siempre que te he visto en el coche ha coincidido con los días en que, según tus palabras, no podías quedar conmigo por las tardes.

Ella no respondió inmediatamente.

Él se lo estaba poniendo muy difícil, y ella se resintió amargamente, no sólo de las dudas y sospechas albergadas por él respecto a sus movimientos, sino del hecho de no poder ofrecerle explicación alguna. Lo que más le dolía era la justificación que su silencio podía darle.

-¿Quién ha estado inculcándote esas ideas? -preguntó ella-. ¿Lennox Mayne?

-¡Lennox! -bufó él-. ¡Qué ridícula eres, Marjorie! A Lennox jamás se le cruzaría por la mente decir nada contra ti, contra mí o contra cualquier otra persona. Lennox te aprecia mucho... De hecho, fue Lennox quien me presentó a ti.

Ella se mordió los labios pensativamente. Tenía excelentes razones para creer que Lennox la apreciaba hondamente, en el sentido en que Lennox apreciaba a las numerosas empleadas de comercio conocidas al azar, y que el mismo hecho de ser ella una empleada de comercio enardeció la admiración de aquel joven hasta un grado demasiado familiar.

Trabajaba como empleada en una gran peluquería del West End, y odiaba su empleo;

de hecho, odiaba su trabajo más que su necesidad de trabajar. Su padre, un médico provinciano de escaso relieve, había muerto hacía pocos años, dejándolas a ella y a su madre sin un penique. Un amigo de la familia conocía al viejo Fennett, propietario de la Fennett's, quien se encontraba en necesidad de una secretaria. Ella se integró en calidad de tal en lo que Lennox Mayne describía crudamente como «mundillo del esquiteo femenino». Posteriormente había dejado el puesto de secretaria para desempeñar una función más práctica dentro del negocio, pues el anciano, maestro de aquel arte, la había iniciado en los misterios del «cultivo del color» (euforia más pretenciosa que conseguida).

-Lamento profundamente haberte molestado -expresó la muchacha etiqueteramente-, pero las empleadas de comercio tenemos nuestros deberes, Jack.

-¡Por Dios, no te autodenomines «empleada de comercio»! -espetó él-. Naturalmente, cariño, acepto sin trabas tus explicaciones, pero ¿por qué te muestras tan misteriosa?

-Porque se me paga para serlo -sonrió ella-. Ahora, por favor, llévame al Frigiana, pues estoy desfalleciendo de hambre.

Durante la comida volvieron al tema de Lennox.

-Ya sé que no te cae bien -dijo Jack-, pero no por eso deja de ser una buena persona, y, lo que es más, me resulta muy útil, y no puedo permitirme el lujo de renunciar a mis amigos productivos. Ambos pertenecemos al mismo equipo de rugby, pero he de reconocer que siempre ha tenido más agallas que yo. Ha logrado amasar una fortuna, mientras que yo me las veo y me las deseo para reunir el millar que me capacite para ofrecerte el más humilde de los hogares de barrio...

La muchacha le acarició la mano por debajo de la mesa.

-Eres un cielo -dijo-, pero espero que nunca hagas tu dinero como Lennox ha hecho el suyo.

Jack protestó con indignación, pero ella prosiguió con una sacudida de cabeza:

-Nosotras, las teñidoras de marchitos cabellos femeninos, oímos historias extrañas, y Lennox es demasiado conocido en Londres como vividor a costa de su ingenio.

-Pero su tío...

-Su tío es muy rico, pero odia a Lennox. Todo el mundo lo dice.

-En eso es en lo que te equivocas -replicó Jack triunfalmente-. Es cierto que han tenido roces, pero en la actualidad están reconciliados. Precisamente anoche estuve cenando con Lennox, mientras tú andabas por ahí en ese cochazo (no digo esto con ánimo denigrante, cariño). Bien, el caso es que durante la cena me dijo que el viejo está ahora de lo más amigable. Y lo que es más -bajó confidencialmente la voz-, va a ofrecerme una oportunidad de hacer dinero.

-¿Lennox? -dijo ella incrédulamente, y sacudió la cabeza-. Puedo imaginarme a Lennox haciendo una fortuna para sí mismo, o incluso deslumbrando a cándidas doncellas con perspectivas doradas, pero no alcanzo a imaginármelo haciendo una fortuna para ti.

Él se echó a reír.

-¿Ha tratado alguna vez de deslumbrarte con perspectivas doradas? -bromeó, pero la

muchacha eludió la cuestión.

Ella y Lennox Mayne se habían conocido en la casa de un amigo mutuo, y posteriormente habían vuelto a verse en el Parque, al igual que ahora lo hacía la joven con Jack, y Lennox había descubierto para ella un futuro que tenía algunas ventajas materiales e incontrovertibles regresiones espirituales. Cierta domingo en que la llevó al río se encontraron con Jack Trevor, y a partir de entonces a ella le resultó cada vez más fácil mantener a raya al filántropo.

Al caer las primeras sombras regresaron paseando al Parque, y al trasponer las verjas de entrada del Arco de Mármol se cruzaron con un hombrecillo desaliñado, con indumentaria de caballista, quien al ver a Jack se tocó el sombrero y desplegó una amplia sonrisa.

-Ése es Willie Jeans -explicó Jack sonriendo-. Su padre fue nuestro mozo de cuadra en los viejos tiempos de Royston. Me pregunto qué estará haciendo en Londres...

-¿A qué se dedica?

-Es un *tout*¹.

-¿Un *tout*?

-Sí; un *tout* es una persona dedicada a observar caballos de carrera. Willie es un observador muy perspicaz. Colabora en un periódico deportivo, y creo que gana un montón de dinero.

-¡Qué extraño! -exclamó ella, y soltó una carcajada.

-¿Qué es lo que tanto te divierte? -preguntó él con sorpresa, pero ella no se lo dijo.

¹ Pronúnciese «taut». (N. del T.)

El hombre que estaba tendido inmóvil a lo largo del remate de la tapia tenía ciertas características extrañas, camaleónicas. Su veteada chaqueta verde y el deslustrado conjunto de sus calzones y polainas armonizaban tan perfectamente con la antigua tapia y con los árboles que sobresalían por encima de ella, que nueve de cada diez transeúntes le hubieran pasado por alto. Afortunadamente para su tranquilidad, no había paseantes a aquella hora (eran las siete de una soleada mañana de mayo). Tenía los codos apoyados sobre un pegote de argamasa desmoronada y unos prismáticos pegados a los ojos, y en su rostro se dibujaba una dolorosa mueca de concentrada atención.

Llevaba veinte minutos esperando en aquella actitud, y el robusto individuo que estaba sentado dentro del auto, móvil estacionado en la carretera, a alguna distancia, suspiró impacientemente. Volvió la cabeza al oír el descenso del observador.

-¿Has acabado? -preguntó.

-Ajá.

El hombre robusto volvió a suspirar, y dirigió el traqueteante vehículo velozmente hacia el pueblo.

El desaliñado espía no recobró el habla hasta que llegaron a las afueras de Baldock.

-Yamen está cojo -dijo.

El hombre robusto, debido a su agitación, estuvo a punto de subir el auto a la acera.

-¿Cojo? -repitió incrédulamente.

Willie hizo un gesto afirmativo.

-Se puso a cojear a mitad del galope -dijo-. No ganará ningún Derby.

El hombre corpulento suspiró profundamente.

Eran hermanos. Willie el menor y Paul el mayor, aunque no había entre ellos más parecido del que pueda existir entre una rata de alcantarilla y una gallina de buen corral.

El auto se detuvo con una sacudida ante la oficina de correos de Baldock, y Willie se apeó pensativamente. Durante algún tiempo permaneció cavilante sobre la amplia acera, rascándose el mentón y exteriorizando inesperados síntomas de indecisión. Finalmente volvió a montar en el coche.

-Vayamos al garaje a conseguir algo de gasolina -dijo.

-¿Por qué? -preguntó su pasmado hermano-. Pensaba que ibas a poner un telegrama...

-No importa lo que pensaras: vayamos por gasolina. Luego puedes llevarme a Londres. Las oficinas de correos no abren hasta dentro de media hora.

Su carnilleno pariente produjo unos borboteantes sonidos con los que intentó expresar su asombro y su fastidio.

Cuando el auto entraba de nuevo en Stevenage Road, Willie condescendió a explicarse.

-Si envió un telegrama desde aquí, la noticia se extenderá por todo el pueblo en pocos minutos -dijo con acento mordaz-. Ya sabes cómo son estos pueblecitos, y el señor Mayne nunca me lo perdonaría.

Lennox Mayne era la principal fuente de ingresos del *tout*. Aunque contaba con algunos clientes más, Willie Jeans dependía principalmente de los honorarios que percibía de su opulento patrón.

La profesión del señor Jeans era ciertamente curiosa. Éste era lo que en la prensa deportiva se denomina «un hombre de observación», y tenía su centro de operaciones en Newmarket. Pero existen grandes hipódromos fuera del emporio central del deporte hípico, y, cuando su jefe requería información, el señor Jeans se desplazaba a Wiltshire Downs, a Epsom y a otros lugares para procurarse información de primera mano acerca del estado físico de determinados caballos.

-Ha habido suerte -musitó-. No creo que en todo Inglaterra le haya sido posible a ningún otro espiar los caballos del viejo Greyman. Generalmente, tiene a media docena de hombres patrullando la carretera para asegurarse de que nadie anda olisqueando por encima de la tapia.

Stuart Greyman poseía en Royston Road una extensa heredad adaptada a las peculiares exigencias de un hombre tan reservado y furtivo como era él, pues una alta tapia rodeaba el amplio parque en cuyo interior eran entrenados sus caballos, y contaba con un personal de probada lealtad.

De otras caballerizas es posible obtener información valiosa manteniendo razonables relaciones con los mozos de cuadra, pero Greyman, o retribuía a sus empleados demasiado bien para dar lugar a tal tipo de filtraciones, o se mostraba extremadamente discriminatorio a la hora de reclutar su servidumbre. Como consecuencia, el anciano era una especie de terror para los recintos de apuestas. Producía ganadores inesperados, y tan bien estaba guardado su secreto, que hasta que terminaba la carrera y el dinero comenzaba a fluir de las oficinas de cotización no había el menor indicio de que el vencedor era «esperado». En consecuencia, disfrutaba del privilegio de las cotizaciones altas, y cuantos intentos se habían hecho de espiar sus caballos habían desembocado en el fracaso.

La satisfacción de Willie era, pues, natural, y su logro poco menos que milagroso.

El polvoriento automóvil hizo alto en una digna plazuela de Londres, y el ultrajado mayordomo que atendió la puerta titubeó durante un buen rato antes de decidirse a anunciar a los visitantes.

Lennox Mayne estaba desayunando. Era un joven de impecable presencia. Se quedó menos desconcertado que su mayordomo ante el espectáculo del desaliñado señor Jeans.

-Sentaos. -dijo secamente, y cuando los visitantes hubieron obedecido y el mayordomo hubo cerrado la puerta, añadió-: ¿Qué hay de nuevo?

Willie soltó su historia, y Lennox Mayne escuchó con un pensativo fruncimiento.

-¡El viejo demonio! -dijo suavemente, no sin admiración-; ¡el redomado zorro!

En principio, Willie estaba de acuerdo en que Stuart Greyman era todo lo que su amante sobrino decía, y aún más, pero no alcanzaba a comprender por qué el señor Greyman

era más diabólico aquella particular mañana que cualquier otra.

Lennox permaneció durante unos instantes sumido en sus pensamientos, tras lo cual dijo:

-Ahora, Jeans, comprende bien que esto es un secreto. No debe filtrarse ni la más ligera insinuación de que Yamen está cojo. Podría decirte que hace diez minutos mi tío me ha telefonado desde Baldock para decirme que acaba de hacer galopar a Yamen y que éste ha salido perfectamente de la prueba.

-¡Cómo! -exclamó Willie, indignado-. ¡Le digo que ese caballo está tan cojo...!

-No lo pongo en duda -interrumpió su patrón-, pero el señor Greyman tiene buenas razones para hacer correr el rumor de que Yamen está sano. Ha apostado fuertemente a favor de que el caballo ganará el Derby, y necesita tiempo para salvar su dinero. ¿Qué otros caballos participaron en la prueba?

-No conozco sus caballos muy bien -explicó Willie-, pero el que fue a la cabeza en la prueba era, desde luego, una maravilla. Materialmente arrastraba al resto de los caballos. No pude cronometrar la velocidad, pero vi que corrían a galope tendido.

-¿Estás seguro de que fue Yamen quien se puso a cojear?

-Completamente seguro -afirmó el otro enfáticamente-. Lo vi correr en Ascot y en Newmarket el año pasado, y no es posible confundir sus patas blancas. No se ve con frecuencia un caballo marrón que tenga las cuatro patas calzadas de blanco.

El otro meditó.

-¿Qué tipo de caballo era el que ganó la prueba?

-Era completamente marrón, sin mota de blanco.

-Hum -musitó el señor Mayne-. Ése debe de ser Fairyland. Deberé tenerlo en cuenta. Gracias por venir -dijo a la vez que los despedía con un movimiento de cabeza-, y recordad...

-¡Punto en boca! -dijo Willie al tiempo que plegaba los dos billetes de banco que su patrón había empujado a través de la mesa.

Una vez solo, el señor Lennox Mayne se sumió en rápidas e intensas reflexiones. No albergaba la menor intención de culpar a su tío. Lennox Mayne no podía permitirse el lujo de condenar el engaño o la traición de los demás, toda vez que él no había amasado su sólida fortuna prestando una atención excesivamente estricta a las sutilezas de ningún código de conducta conocido. Era un jugador, y un jugador con éxito. Jugaba en la bolsa y en las carreras de caballos, pero su éxito se basaba principalmente en las apuestas que realizaba sobre seres humanos. En este último respecto había dado dos pasos en falso. Había apostado no sólo por la tolerancia, sino también por la inferior inteligencia de su tío materno, Stuart Greyman. Había utilizado información recibida confidencialmente de aquel hombre tan reticente, y para su consternación había sido detectado, tras lo cual se había producido entre ambos una ruptura que había durado cinco años y que al parecer había acabado cuando el viejo Greyman se encontró con él cierto día en la parrilla del Carlton a la hora del almuerzo, y le comunicó bruscamente su perdón.

-¡El viejo demonio! -murmuró, admirado-: casi me vende.

Pues el viejo Greyman le había dicho, otra vez confidencialmente, que apostara por Yamen en el Derby.

Lennox Mayne no se fiaba de nadie, y mucho menos de su tío, de quien sospechaba que albergaba rencor contra él. En consecuencia, había mandado a su *tout* para confirmar la exaltada historia de la prodigiosa velocidad del desconocido Yamen. Yamen sólo había corrido dos veces, debido a su edad de dos años. Había recibido los mayores cuidados con vistas a hacerlo competir en las carreras clásicas, por lo que, al menos en un principio, la historia que el viejo le había contado era plausible.

¡De manera que el viejo estaba tratando de pillarlo en la trampa! Afortunadamente, Lennox no había apostado un penique por la información que su tío le había suministrado.

Si Greyman había sido uno de sus fracasos, no lo había sido menos Marjorie Banning. Había veces en que Lennox Mayne admitía que ella había sido el mayor de sus fracasos. ¡La había encontrado tan fácil, dada su situación social tan accesible...!

Fue una coincidencia el que, teniendo la mente ocupada en ella, sonara el agudo timbre del teléfono y le saludara la voz de Jack Trevor.

Al oír el nombre torció el gesto, pero su voz fue lo suficientemente agradable.

-¡Hola, Jack! Sí, sí, ven a verme. ¿No trabajas hoy?... Bien.

Colgó el auricular y regresó a su mesa. ¡Jack Trevor! Los ojos se le estrecharon. No había olvidado a este inocente amigo, y durante diez minutos tuvo la mente muy ocupada.

Jack desempeñaba una relevante función en una oficina de la City¹ dependiente del negocio del caucho, y como consecuencia de la crisis que esta industria atravesaba disponía de más tiempo libre del habitual.

Lennox lo recibió en su estudio, y empujó una pitillera de plata hacia el visitante.

-¿Qué te trae al oeste² a estas horas? -preguntó-. ¿Te quedas a comer?

Jack movió negativamente la cabeza.

-El hecho es -dijo de buenas a primeras- que me encuentro algo preocupado, Lennox. Es por Marjorie.

Lennox levantó las cejas, preguntando:

-¿Qué ha estado haciendo Marjorie? ¿Desea volverte el pelo de un oro flameante?

¹ Barrio financiero, que corresponde a la antigua ciudad (*city*) fortificada por los romanos. (*N. del T.*)

² El término «oeste» (*west*) significa en este caso «West End», nombre del barrio residencial que, en sus orígenes, estaba en el extremo oeste. En el contexto tiene cierto sentido de contraposición con el «este», zona a cuyo comienzo se halla la City, donde se supone que Jack debería estar trabajando. (*N. del T.*)

Jack sonrió.

-La cosa no es tan grave -repuso-. Sé que aprecias mucho a Marjorie. Lennox, tú eres un hombre de mundo cuyo consejo es digno de tenerse en cuenta, y... el hecho es que me comen los demonios de lo preocupado que me tiene. -Permaneció largo rato en silencio, y Lennox le observó con curiosidad-. O tiene un amigo misterioso o tiene un empleo misterioso. Cuatro veces ha pasado ante mí en la calle, montada en un cochazo con chófer.

-¿Sola?

Jack asintió.

-Tal vez se dirigía a ver a un cliente -sugirió el otro descuidadamente-. Ya sabes que incluso las mujeres que poseen coches de lujo necesitan los servicios de profesionales de la peluquería.

-Incluso las mujeres que poseen autos de lujo no requieren los servicios de una peluquera desde las tres de la tarde hasta las once de la noche -replicó Jack sombríamente-; y ésa fue la hora en que Marjorie regresó a su pensión. Sé que fue odioso espiarla, pero eso es exactamente lo que hice. Está ganando un montón de dinero. Mantuve una charla con su patrona. Visité la pensión con el pretexto de que quería ver a Marjorie, y conseguí que la hospedera me hablase de ella. Me dijo que Marjorie cambió un cheque de cien libras para pagarle.

-Hum -emitió Lennox. Estaba tan intrigado como su amigo. Su ágil cerebro trabajó durante un tiempo, y finalmente dijo-: Seguramente habrá una explicación sencilla para todo, mi buen Jack; así que deja de comerte el coco. Marjorie será cualquier cosa menos ligera de cascos. ¿Cuándo vais a casaros?

-El cielo lo sabe -repuso-. Para ti es muy fácil hablar de matrimonio, pues eres rico; pero para mí significa otros doce meses de ahorro.

-¿Has fijado la suma que necesitas para casarte? -preguntó Lennox con una sonrisa.

-Mil libras, y tengo ahorradas unas seiscientas.

-Entonces, querido Jack, voy a ponerte en camino de obtener no mil, sino diez mil.

Jack le miró boquiabierto.

-¿De qué demontres estás hablando?

-Estoy hablando del desconocido Yamen, un caballo de mi tío. Te dije el otro día que te haría llegar a ser rico. Voy a hacerlo.

Se levantó, fue hasta una mesa y cogió un periódico matutino, volviéndole las páginas.

-He aquí la apuesta -dijo-. Yamen, cien a seis, y es tan seguro que Yamen ganará el Derby como que vas a casarte con tu bonita chica. Puedo adquirirme diez mil a seiscientas hoy mismo... Mañana la cotización puede bajar.

-¡Por Dios! No puedo permitirme el lujo de perder seiscientas libras -jadeó Jack, y el otro soltó una carcajada.

-Si supieras cuan pequeño es el riesgo no gimotearías como una oveja. Te digo que es dinero regalado.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

